

	<p>SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA</p> <p>CICLO A</p> <p>Por José Enrique Ruiz de Galarreta, sj</p>
---	--

I. TEXTOS

DE LOS HECHOS DE APÓSTOLES (2,42-47)

Los hermanos eran constantes en escuchar la enseñanza de los Apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado por los muchos prodigios y signos que hacían los Apóstoles en Jerusalén. Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. A diario acudían al templo todos unidos, celebraban la Fracción del Pan en las casas y comían juntos alabando a Dios, con alegría y de todo corazón. Eran bien vistos de todo el pueblo y, día tras día, el Señor iba agregando al grupo a los que se iban salvando.

DE LA PRIMERA CARTA DE PEDRO (1,3-9)

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en su gran misericordia, por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva, para una herencia incorruptible, pura, imperecedera, que os está reservada en el cielo.

La fuerza de Dios os custodia en la fe para la salvación que aguarda a manifestarse en el momento final. Alegraos de ellos, aunque de momento tengáis que sufrir un poco en pruebas diversas; así, la comprobación de vuestra fe - de más precio que el oro, que, aunque perecedero, lo aquilatan en el fuego - llegará a ser alabanza y gloria y honor cuando se manifieste Jesucristo nuestro Señor.

No habéis visto a Jesucristo, y lo amáis; no lo veis y creéis en Él; y os alegráis con un gozo inefable y transfigurado, alcanzando así la meta de vuestra fe: vuestra propia salvación.

DEL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN (20,19-31)

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto, entró Jesús, se puso en medio de ellos y les dijo:

- Paz a vosotros.

Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió:

- Paz a vosotros; como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.

Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:

- Recibid el Espíritu Santo: a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a

quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

Tomás, uno de los Doce, llamado "el Mellizo", no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían:

- Hemos visto al Señor.

Pero él les contestó:

- Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no creeré.

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo:

- Paz a vosotros.

Luego dijo a Tomás:

-Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

Contestó Tomás:

- ¡Señor mío y Dios mío!

Jesús le dijo:

- ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de sus discípulos. Éstos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

II. TEMAS Y CONTEXTOS

EL LIBRO DE LOS HECHOS

El tercer evangelio y el libro de los Hechos formaron probablemente una sola obra, dividida en dos libros, que se separaron después (antes del 150). Muestran una fuerte unidad, no solamente temática sino también literaria, de lengua, estilo etc. etc., que nos permite reconocer un sólo autor.

Este **autor** ha sido reconocido por la tradición de la Iglesia como Lucas, y tenemos testimonios de ello en documentos del siglo II. El análisis interno del texto nos muestra un cristiano de la generación apostólica, griego o judío muy helenizado, buen conocedor de la Biblia, con conocimientos médicos, y compañero de viajes de San Pablo (en los viajes suele hablar en primera persona del plural).

Respecto a la fecha y lugar de composición, no tenemos nada seguro por datos externos, y debemos guiarnos por los datos que nos da el mismo libro. Los críticos señalan que no puede haberse compuesto ni antes del año 64 ni después del 100. Para reconocer la intención y el modo de trabajar del autor, recordemos los prólogos de ambos libros

EVANGELIO DE LUCAS

|C1|v1 Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros, |v2 tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra, |v3 he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribírtelo por su orden, ilustre Teófilo, |v4 para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido...

DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

|C1|v1 El primer libro lo escribí, Teófilo, sobre todo lo que Jesús hizo y enseñó desde un principio |v2 hasta el día en que, después de haber dado instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había elegido, fue llevado al cielo. |v3 A estos mismos, después de su pasión, se les presentó dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca de lo referente al Reino de Dios. |v4 Mientras estaba comiendo con ellos, les mandó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la Promesa del Padre, «que oísteis de mí: |v5 Que Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días». |v6 Los que estaban reunidos...

Por esta razón, este libro es algo así como "El Evangelio de la Iglesia". Se narran sucesos ("hechos") de la primera comunidad cristiana, porque significan la presencia de Dios, del Espíritu de Jesús, en aquella comunidad.

REFLEXIÓN

Se trata, pues, de un relato de gran valor. El autor se muestra muy bien documentado - incluso se aprecia en su estilo la presencia de fuentes diferentes - y, en ocasiones, testigo presencial de lo que cuenta o receptor de primera mano de los testigos de los sucesos. Pero no se trata simplemente de un libro de Historia. Se narra fundamentalmente la "Historia en el Espíritu", es decir, el desarrollo de la Fe de la primera comunidad cristiana. En este campo, se observan varias líneas fundamentales:

1. La proclamación de Jesús como Mesías.

Es el tema fundamental de los discursos de Pedro y de Esteban, y el sentido de los "milagros". Jesús es "el que esperábamos", es el Mesías, que tenía que padecer y que está vivo por el triunfo de la fuerza de Dios.

2. La toma de conciencia de la iglesia de su vocación misionera.

En este sentido se va narrando la expansión de la Iglesia en algunas misiones particulares (Pedro, Felipe, Pablo...)

3. El anuncio a los paganos.

Es el primer problema. La Iglesia como continuación de la Antigua Ley, con sumisión a los preceptos mosaicos, o la Iglesia como Alianza Nueva, superación de la Antigua. El anuncio a los paganos plantea este problema a Pedro (cap.10) de manera que tiene que justificarse ante los hermanos (cap.11). El mismo problema lo planteará Pablo, y será uno de los temas básicos de llamado "Concilio de Jerusalén" (Cap.15).

Hay por tanto en el libro una clara intención apologética de la línea de Pablo: el anuncio a los paganos ("ellos sí escucharán") y la liberación de las obligaciones rituales de la antigua Ley.

EN RESUMEN

En el Libro de los Hechos encontramos tres componentes que nos interesan mucho:

1. Una historia de la primera comunidad cristiana y su expansión. Pero "historia" del tipo "evangelio", con una intención semejante a la de los libros "históricos" del Antiguo Testamento: historia para mostrar cómo actúa el Espíritu en es primera comunidad.
2. Una **crístología**: las más antiguas expresiones de la fe en Jesús, anteriores a las elaboraciones de Juan y de Pablo. Es - casi - el primer estadio de la respuesta de la Iglesia a la gran pregunta sobre Jesús: "¿quién es este hombre?".
3. Una **eclesiología**: no hay doctrina sobre la Iglesia, pero vemos cómo funcionaba la Iglesia y qué pensaba de sí misma, cómo oraba, cómo se organizaba, cómo resolvía los problemas... Lo cual nos es muy útil para reflexionar sobre lo permanente y lo transitorio de las instituciones de la Iglesia.

EN EL TEXTO DE HOY

Vemos una descripción - bastante idealizada - de la primera comunidad. Por otros textos - aun de este mismo libro - conocemos que no todo era de color de rosa: hubo problemas, serios problemas, de doctrina y de organización. Aquí se refleja sólo el "espíritu básico" de aquella comunidad: la oración común, la eucaristía, la vida y propiedad en común, el aprecio de la gente, la suave difusión de la iglesia. Más tarde vendrán otros problemas y las persecuciones.

LA PRIMERA CARTA DE PEDRO

No sabemos cuándo salió Pedro de Jerusalén. Sí sabemos que murió en Roma el año 64, en la persecución de Nerón. Tampoco está claro que esta carta sea del mismo Pedro. Los antiguos Padres de la Iglesia, Ireneo, Policarpo, la atribuyen a Pedro. Pero hay muchos datos, en el estilo, los datos internos y otros factores, que lo hacen difícil de admitir. Los especialistas están conformes - como mínimo - en que esta carta refleja la predicación de Pedro y está escrita por alguien del círculo de sus discípulos más cercanos. La misma carta (5, 12) nos dice quién fue su discípulo-secretario: Silvano. Algunos la siguen atribuyendo al mismo Pedro. La carta apenas tiene unidad temática. Salta de un tema a otro.

El texto se trae hoy para "acompañar" al evangelio, empalmando con la frase de Jesús a Tomás: "Dichosos los que crean sin haber visto". Y es que nos encontramos ante la "segunda generación" de los cristianos, los que creen en Jesús por la predicación de los Testigos. Estamos en el comienzo de "La Tradición", la larga cadena de personas y generaciones que se entregan una a otra la fe en Jesús. Aunque no es esa transmisión humana la que produce la fe: esa transmisión humana es solamente el vehículo de "La fuerza del Espíritu". Pedro parece admirarse de ea fuerza: ¡No le habéis visto y creéis en Él!".

EL EVANGELIO DE JUAN

Se trata de la "conclusión" del cuarto evangelio. (Más tarde, como sabemos, se le añadirá una segunda conclusión). Recordemos que, tras la escena de Tomás, el Evangelio termina así:

"Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de sus discípulos. Éstos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre."

Juan termina, por tanto, invitándonos a la fe en Jesús, finalidad básica de los cuatro evangelios. Esto define claramente el argumento de estos textos. Son historia de la fe: el autor está contando cómo nació la fe en el resucitado. Hay en este final del cuarto evangelio cuatro "crónicas" del acceso a la fe en Jesús:

- La del mismo Juan: llega al sepulcro, entra, ve los lienzos y el sudario y "entonces vio y creyó".
- La de María Magdalena: no reconoce a Jesús hasta que Jesús le llama por su nombre.
- La de los discípulos: Jesús les muestra las manos y el costado y ellos "se alegraron de ver al Señor"
- La de Tomás. No le basta el testimonio de los otros, no le basta con ver, quiere tocar. Jesús le invita a hacerlo. El Cuerpo del Resucitado es "tocable".

La fe de Juan nos ofrece, en boca de Tomás, el testimonio de fe en Jesús más elaborado del Nuevo Testamento: "Señor mío y Dios mío", fórmula tomada del Antiguo testamento, "mi Señor y mi Dios", aplicada aquí a Jesús. Se cierra por tanto el cuarto evangelio con la misma profesión de fe con la que empezó (La Palabra hecha carne), continuando con las expresiones que jalonan todo este evangelio ("para que todos honren al Hijo como honran al Padre"... "cuando levantéis en alto al Hijo del Hombre, entonces comprenderéis que YO SOY"... "Yo estoy en mi Padre y el Padre en Mí"... "El que me ha visto ha visto a mi Padre"... "Como el Padre me envió así Yo os envió").

Se trata por tanto de un doble mensaje, sencillo y vital: por una parte, una avanzada profesión de fe en Jesús. Por otra, la conclusión del evangelio mirando a todos los que creerán sin ver a Jesús, por el testimonio de otros.

Así se explica también que Juan no "describa" la partida de Jesús. Para Juan, Jesús "no se va". Sigue presente en los discípulos, en el Espíritu y en la Misión. Ninguna importancia tiene la presencia física, tocable, de Jesús.

III. REFLEXIÓN

Partiendo de los relatos de la resurrección nos podemos hacer innumerables preguntas: ¿cuánto tiempo duraron las manifestaciones de Jesús? ¿Un día, como parece en Lucas, cuarenta, como en Hechos, una semana como en el primer Juan...?

Ese cuerpo que se podía tocar podía también comer (Lucas)... ¿tenía por tanto las funciones orgánicas normales de un cuerpo normal? ¿Atravesaba paredes? ¿Era visible a cualquiera que estuviese por casualidad allí donde se manifestaba, o solamente era visible para aquellos a quienes quería manifestarse? ... Y así, docenas de preguntas, todas inútiles. Al hacernos esa clase de preguntas suponemos que el valor preferente de estos textos es ser relatos de sucesos, pero no es así: el valor preferente es ser testimonios de fe. Y éste es el tema básico de todos ellos: creyeron en Jesús.

No era fácil creer en Jesús: ellos habían creído en él, pero habían creído mal. Lo habían aceptado como el Mesías que esperaban, pero habían esperado mal. Los Zebedeos habían esperado incluso tronos a su derecha ya su izquierda, todos esperaban que él iba a restaurar la soberanía de Israel, y volverían los tiempos gloriosos del rey David, y todos los pueblos vendrían a Jerusalén a adorar a Dios en su (de ellos) santo templo. Todo eso habían esperado, y todo eso murió en la cruz. El terrible sábado de Pascua fue un día de des-esperanza, de muerte de toda la fe anterior.

Más tarde (un día, una semana, cuarenta días... toda una vida ¿quién sabe?) recuperaron la fe, renació su fe; mejor dicho, nació otra fe, porque la fe anterior estaba muerta y bien muerta, enterrada con el cuerpo de Jesús en el sepulcro y sellada con la losa. Esta fe pudo nacer solamente porque la vieja fe había muerto. La vieja fe mesiánica davídica no podía cambiar, tenía que morir para dejar paso a la fe. Como tampoco el Templo de Caifás podía cambiar y “adaptarse” al estilo de Jesús. Tenía que ser destruido. Aun antes de que fuera destruido físicamente, los seguidores de Jesús lo fueron abandonando, porque la nueva fe no lo necesitaba; les bastaba reunirse en las casas a compartir el pan, a celebrar la cena del Señor.

La nueva fe es poderosa. Una fe que afecta al bolsillo es muy verdadera. Era capaz de hacer milagros, sobre todo que todos se sintieran hermanos y vivieran como tales. Y los viejos ritos eran poderosos sólo porque manejaban dinero y poder, pero no eran poderosos para cambiar los corazones, no podían producir conversión.

Y ya hemos dado con todas las claves que necesitamos para reflexionar sobre la resurrección. Se trata de saber si también nosotros tenemos fe en Jesús, se trata de saber qué fe tenemos en él, se trata de saber si ya se nos han muerto de una vez tantas fes extrañas que nos impiden creer de verdad en él, se trata de saber en qué ha consistido y consiste nuestra experiencia pascual.

Movidos por una fe paleolítica (veterotestamentaria) suponemos que los discípulos creyeron de repente, fulminados por una gracia espectacular. Creemos que Pablo fue literalmente fulminado (hasta le pintamos derribado de un caballo), pensamos que la gente seguía a bandadas a los apóstoles cuando les veían hacer milagros ... Ni al mismo Jesús le pasó eso; la gente que le seguía por sus curaciones no le siguió en la conversión del corazón. Pero nos conviene mucho creernos todas esas cosas, porque así nos justificamos: ellos tuvieron una experiencia extraordinaria, por eso creyeron en él y cambiaron de vida. Nosotros no la hemos tenido, por eso creemos en el Jesús que más nos gusta y apenas cambiamos de vida.

Pero podemos preguntarnos: todas esas personas que sí han cambiado de vida, que comparten y compadecen, que trabajan por la paz, que no sirven al dinero y ni al status ni al prestigio, que no son esclavos de los valores de nuestra “civilización” del pasarlo bien, que son veraces, que saben perdonar... y que viven así porque siguen a Jesús ¿qué experiencia pascual han tenido? ¿Se les ha aparecido el resucitado y han metido su mano en la llaga de su costado?

La respuesta es NO. Y no puede ser de otra manera. Dios no se manifiesta desde fuera, desde arriba, con resplandores, como una excepción deslumbrante. Para experimentar a Dios no hay que buscar espectáculos. El relámpago avasallador no es una buena imagen de Dios. Una buena imagen de Dios es la levadura. Desde dentro, despacio, en silencio.

Algo, desde dentro, en silencio, insistentemente, imparablemente, nos ha llevado de un conocimiento mediocre a una intimidad profunda, de un sentimiento de lejana atracción a una adhesión personal, de una fe mítica y sociológica a un convencimiento elemental y profundo.

Nuestra experiencia pascual es un convencimiento que se va haciendo cada vez más irrenunciable, unido a un sentimiento de atracción y adhesión cada vez más vinculante. Nuestra experiencia pascual quiere decir que antes creíamos - de alguna manera - en Jesús, por lo que nos habían transmitido, porque estaba en nuestra cultura, porque nos parecía un buen sistema de pensamiento y prácticas religiosas... por muchas razones semejantes, todas ellas "de fuera a dentro". Pero, progresivamente, lo hemos experimentado internamente, lo hemos vivenciado de tal manera que el conocimiento, la persuasión, la adhesión, se dan de dentro a fuera, como algo sentido personalmente, como se siente el amor a un ser querido, desde dentro, sin necesidad de demostración.

Esa experiencia se alimenta, como todo lo que crece: se alimenta en la contemplación, se alimenta en las obras y se alimenta en la comunidad. La contemplación de Jesús multiplica la fascinación y la adhesión; las obras, como puesta en práctica de sus valores y criterios, reafirman la validez del mensaje; la comunidad, la iglesia de referencia, muy especialmente en la celebración fraternal de la eucaristía, contagia la fe, nos hace vivir en común nuestra experiencia pascual.

Una vez más, necesitamos abandonar nuestras mitologías, nuestra fe en divinidades disfrazadas, nuestra afición a identificar lo religioso con lo maravilloso. Nuestra experiencia pascual es nuestra progresiva conciencia de conversión a Jesús y al Reino.

Llegamos, al final, a enlazar con el principio, con la primera palabra de Jesús cuando se lanzó a las aldeas y a los caminos de Galilea: ¡Convertíos! Esta es y será siempre la clave y la medida de nuestra fe: nuestra disposición a cambiar, a cambiar de Dios, nuestra disposición a cambiarnos al Dios de Jesús, para Él sea el que nos cambie la vida.